

# TRADUCCIÓN

## EL LOCO

Un cuento del escritor palestino Gassān Kanafānī

EN UN NÚMERO anterior de la revista,<sup>1</sup> ya hicimos una presentación más o menos extensa sobre la vida y obra de este destacado escritor palestino, por lo que sería redundante hacerlo de nuevo. En esta ocasión, nos limitaremos a comentar uno de los elementos más constantes y definatorios de su obra en general que, por supuesto, también lo encontramos en el breve relato que presentamos a continuación. Se trata del dolor.<sup>2</sup> La producción literaria de Kanafānī se extiende desde 1958 hasta su muerte en 1972, periodo muy significativo en la historia de Palestina, en el que su pueblo conoce el exilio, la ocupación y la desolación. Ante esta situación, la obra de Kanafānī no es más que el reflejo del ambiente de desorientación y desesperanza que vive su pueblo, y él mismo.

*El loco* es un cuento desconcertante, incomprensible, reflejo de la locura de su protagonista, en el que el dolor y lo absurdo forman el hilo conductor de principio a fin. La maestría de Kanafānī para transmitir y provocar las sensaciones más variadas en el lector, lo lleva esta vez a crear en el receptor el mismo sentimiento de pérdida y soledad que experimenta el propio protagonista, inmerso en un mundo irracional y extraño, aceptado sin más remedio. Ese perrillo incomprensido y golpeado por sus padres, por su madre, que bien pudiera simbolizar a la patria, transformado luego en hombre vagabundo, loco y solitario, e igualmente incomprensido, que podría interpretarse como la representación del pueblo palestino. Pero

<sup>1</sup> *Estudios de Asia y África* 107, vol. XXXIII, núm. 3, septiembre-diciembre de 1998.

<sup>2</sup> Para ver más detalladamente este elemento a lo largo de la obra literaria del autor, véase Mohamed Abdallah Elgeadi, *Dolor y destierro en la narrativa palestina moderna. El caso de Gassan Kanafani*, Madrid, Al-Hadaf, 1987.

éstas son sólo interpretaciones personales, así que mejor dejemos que el lector entienda e interprete por sí mismo el relato a través de las sensaciones que, sin duda, experimentará a lo largo de su lectura.<sup>3</sup>

### El loco

Doy cinco pasos grandes y me siento a la manera turca detrás de la curva, pongo el codo sobre los hombros y apoyo la barbilla en la palma de las manos, luego entorno ligeramente los ojos y miro a la gente que pasa, sin que ellos adviertan mi presencia.

Me siento aquí desde que dejé de ser un perrillo, este lugar me pertenece. Nadie se acuesta aquí más que yo, ya que hasta el momento nadie ha encontrado este sitio... Llego por la mañana y me quedo echado hasta que el Sol se oculta tras la terraza de la casa del chico rubio. En seguida, el muchacho se acerca caminando de puntillas, sigilosamente, mientras yo lo observo por el rabillo del ojo. Jamás le he dejado que me vea, así que cuando llega a la curva, deja la comida y sale corriendo hacia las escaleras de su casa. Luego, abre la puerta y se me queda mirando hasta que me levanto, me llevo la comida y vuelvo rápidamente a mi sitio. En ese momento me grita: "¿Cuándo te vas a volver perro de nuevo?" Desde mi lugar me quedo callado y no le contesto...

Sólo me duermo después de la llamada a la oración de la tarde. Conozco al almuédano aunque no deseo que él me conozca a mí. Me duermo por la tarde, porque a esa hora la gente no duerme, así que soy el único en todo el mundo que duerme en ese preciso momento del día. Cuando duermo, cierro los ojos, recuesto la cabeza contra la pared y empiezo a soñar cosas maravillosas. Una vez soñé que una vaca me daba un trozo de queso porque estaba hambriento. Al comérmelo sentí un sabor que se asemejaba al de la leche. La vaca se echó a reír y se fue dejando su rabo colgado sobre mis hombros. En otra ocasión soñé que me encontraba delante un dulce gatito.

<sup>3</sup> Cuento tomado de *Mawt sar r raqm 12* [La muerte de la cama número 12], Mua'ssasa al-abhāt al-ʿarabiyya, Bayrūt, 1980, pp. 129-134.

Al verme se asustó y echó a correr mientras lloraba. Sin duda, yo también estaba asustado, de repente, me desperté y me di cuenta de que había abandonado mi lugar, así que volví rápidamente a él. Los niños se pusieron de pie al lado de la curva y me empezaron a vocear a coro: “¿Cuándo te vas a convertir en perro?” Sin embargo, yo no les hice caso, era por la tarde, así que volví a dormirme sin escuchar su griterío.

Poco antes del atardecer, hay un perro que pasa siempre por aquí. En sus ojos se ve reflejada la imagen de un pequeño hombre sentado, de grandes ojos y boquiabierto, pero el perro no sabe nada. Si supiera en qué momento me levanto, seguramente vendría a sentarse en mi sitio y al mediodía se comería al chico rubio cuando se acercara a dejarle la comida. En cuanto pase ese perro le voy a tirar una piedra pequeña a la cabeza, no una grande, porque quiero que siga siendo un perro. Aunque a mí no me gustan los perros. En cambio, a mi madre sí le gustan, por eso, un día se casó con uno, que más tarde la repudió porque andaba con otra perra...

Todos eran unos perros..., unos perros de pelo negro y enormes ojos. Yo también fui un perrillo antes de que me creciera la barba, aunque a los perros no les crece la barba... ¡Un perrillo, qué tiempos aquellos! Me cargaba la cartera y me iba a la escuela. Cuando volvía, mi madre me acariciaba la espalda y me sonreía, y mi padre también me sonreía... ¡Un perrillo!, la vida era hermosa entonces... Yo quería a todo el mundo y a todas las cosas. Teníamos un jardín que adoraba, comía varias veces al día, y mis padres me querían siempre...

Una vez, el chico rubio, que no pertenece a la raza canina, me dijo: “¿Has sido perro o gato?” Y se echó a correr antes de que me diera tiempo de contestarle que había sido un perro... No, yo nunca he sido un gato... aunque a mí me gustan los gatos... Y me pregunto si existe algún perro al que le gusten los gatos... Estoy completamente seguro de que he sido perro. A pesar de que el chico piensa que he sido gato, pero, ¡qué va! Nunca he sido gato, a lo mejor mi hermana sí lo fue... No, definitivamente a los perros no les gustan los gatos. Y no hay ni un solo perro que los quiera.

En nuestra casa había una gata pequeña a la que todo el mundo quería, a veces, hasta yo la quería, a pesar de que yo

era perro... Un día que la gata se encontraba al lado de la alberca de la casa, aquella inmensa alberca que parecía un mar —creo que ya he mencionado que los perros no quieren a los gatos, ni siquiera a las dulces gatitas—, el perrillo se aproximó con mucho cuidado para que la gata lo viera, después, se abalanzó sobre ella sin que se diera ni cuenta, y entonces la oyó decir: “glu, glu, glu”. En ese momento miró hacia el agua y empujó a la gata con la mano hasta que se hundió... Los gatos no saben nadar como los perros... Así que el animalito se puso a maullar desesperadamente, como pidiendo auxilio, mientras el perro lo miraba impasible... pues no quería a los gatos. Sin embargo, él también estaba asustado; sí, tenía miedo, aunque la gata no lo sabía y seguía maullando y maullando...

A mi madre le gustaban los gatos, le apasionaban. Pero ya era demasiado tarde, tú ya te estabas yendo... La gata ya había empezado a despedir pequeñas burbujas de agua que subían a la superficie. Cuando mi madre la sacó, se quedó mirándola y se echó a llorar desconsolada, desgarrándose la ropa y dando vueltas sobre sí misma.<sup>4</sup> Aquel día yo era un perrillo, pero casi no tenía miedo. Mi madre fijó su mirada sobre mí y comenzó a pegarme, pero yo salí corriendo hacia la puerta...

¿Por qué le gustaban los gatos a mi madre? Después de aquel día, jamás volvió a dirigirme la palabra, ni a acariciarme la espalda. Siempre que volvía de la escuela, dejaba la cartera y corría silenciosamente hacia el jardín, donde me dedicaba a cazar moscas de colores, que después ponía dentro de un vaso de cristal, al que había dado la vuelta, y las moscas me miraban con sus ojillos rojos... Yo no tenía miedo, a pesar de que seguía siendo un perro y todos los días me golpeaban una y otra vez. Me pegaban en la cabeza, siempre en la cabeza, y siempre que me pegaban, me decían: “¡Perro, tú la mataste!” Una vez, mi madre me golpeó en la cabeza con una silla enorme, mientras las moscas de colores se echaban a llorar... Yo también lloraba, pero seguía siendo un perro. En otra ocasión, mi padre me ató con una cuerda mojada y me dejó en el jardín desde la mañana. Por la noche se puso a llover y entonces crecí un

<sup>4</sup> En casi todo el mundo arabo-islámico, cuando fallece un familiar o ser querido, el desgarramiento de vestiduras es una manifestación de dolor muy frecuente, así como golpearse el pecho y el rostro.

poquito... Al día siguiente, llegó un hombre de rala barba y le dijo a mi padre: “¡Por Dios!, ¿pero cómo has hecho eso?” Yo estaba hambriento y tenía mucho frío, pero continuaba siendo un perrillo... Mi madre me ponía la comida al borde de la alberca y lo único que me decía era: “esto es para ti”. Una vez no probé bocado, aunque estaba hambriento no quise comer. Entonces, mi madre arrojó la comida a la alberca y, al momento, empezaron a salir pequeñas burbujas de agua a la superficie...

Era un perrillo que lloraba todos los días... Lloraba mientras dormía; solía soñar con un niño pequeño que lloraba día y noche y sus lágrimas tenían como un gusto a jugo de limón... Al llegar la mañana, mi madre me decía entre sollozos: “¡Ruego a Dios que te mueras!” Cuando mi hermana murió, mi madre lloró tanto, que los ojos se le volvieron más grandes y oscuros...

Un día, mi madre le dijo a mi padre que quería rosas para llevarlas al cementerio y ponerlas sobre la tumba de mi hermana. Inmediatamente salí corriendo al jardín, corté una hermosa flor amarilla y se la ofrecí a mi madre para que dejara de llorar y empezara a reír... Pero ella agarró la rosa amarilla y la tiró, luego me golpeó en la cabeza con la silla enorme... Me fui al rincón que había al lado de la puerta, y allí me senté sobre las baldosas... Como un perrillo que era, me eché a llorar y mirando hacia las baldosas dije: “¡Dios mío, ya no quiero seguir siendo un perrillo!” Al momento empecé a ver infinidad de perros diminutos, todos eran más pequeños que un dedo. Se detuvieron sobre las baldosas y colocándose ante mí, dijeron: “¿Por qué no te conviertes en niño?” “Sí —les contesté—, yo quiero ser un niño, y dejar de ser un perro que no quiere a los gatos” Y los perros me dijeron: “¿No quieres venir con nosotros?” Todos aquellos perros eran del tamaño de un dedo... “¿Y adónde van?” —les pregunté—. “¡Ven con nosotros” —volvieron a insistir—. “¡Pero son tan pequeños...!” —añadí yo—. Y me dijeron: “Sí, somos así de pequeños para que nadie pueda vernos.” “Está bien, me iré con ustedes.” Entonces, el más pequeño de los perros, al que casi no podía ver de tan diminuto que era, me dijo: “¡Abre la puerta!, nosotros somos muy pequeños para hacerlo”.

Me puse de pie, y desde entonces no he vuelto a ser un perro, ni he vuelto a ver a mi madre. Abrí la puerta y salí a la calle sin que nadie me viera. Caminé y caminé, caminé todo lo que pude para que mi madre no pudiera seguirme... Luego miré hacia donde estaban los perritos, pero no los encontré, seguramente se habían perdido entre la hierba. De esa forma llegué a este lugar y como no había nadie me senté. Siempre me siento a la manera turca para no ensuciarme la ropa y jamás abandonaré mi lugar. En cuanto a los perros diminutos, ya nunca los he vuelto a ver después de aquel día... Una vez vi un perro pequeño, aunque era mucho más grande que aquéllos, y le pregunté: “¿Alguna vez has sido más pequeño?” “Sí” —me contestó—. “Y tus amigos, ¿dónde están?, ¿ellos también han crecido como tú?” Entonces me contestó: “Todos han encontrado su lugar”. “Yo también he encontrado el mío” —añadí—. “¡Qué bien” —dijo él—. Y me apresuré a preguntarle: “¿Voy a volver a ser un perro?”. “¡Claro que no!” —me contestó—.

Los niños se detienen al lado de la curva y me preguntan: “¿Te vas a convertir en perro?”. Yo me quedo callado y no les contesto. Son niños muy pequeños y tienen miedo de los perros... A mí me gustan los perros pero los gatos no. En realidad, lo único que me gusta es mi sitio. Los niños pequeños son maravillosos, pero a mí no me gustan, aunque tampoco me gusta pegarles. El chico rubio me trae la comida y se queda parado bastante lejos de mí, no puede verme y yo tampoco lo veo a él. Si se cansa de buscar, comienza a llamarme. Cuando se va, yo me acerco para comer, luego lavo el plato con mucho cuidado y lo dejó en su sitio, al lado de la curva. Una vez que no quise comer, el chico rubio, al que quiero mucho, se detuvo, como siempre, guardando las distancias, y me gritó: “¿Por qué no has comido?” Entonces yo le contesté, sin mirarlo: “Porque no tengo hambre”. Después, el chico se alejó sin preguntarme como siempre lo hacía: “¿Te vas a convertir en perro?”. En cuanto cerró la puerta, me sentí muy contento de que no me hubiera preguntado eso... Y no paré de reír hasta que oí la llamada a la oración de la tarde y me quedé dormido. ❖

Traducción del árabe:  
MONTSERRAT RABADÁN CARRASCOSA